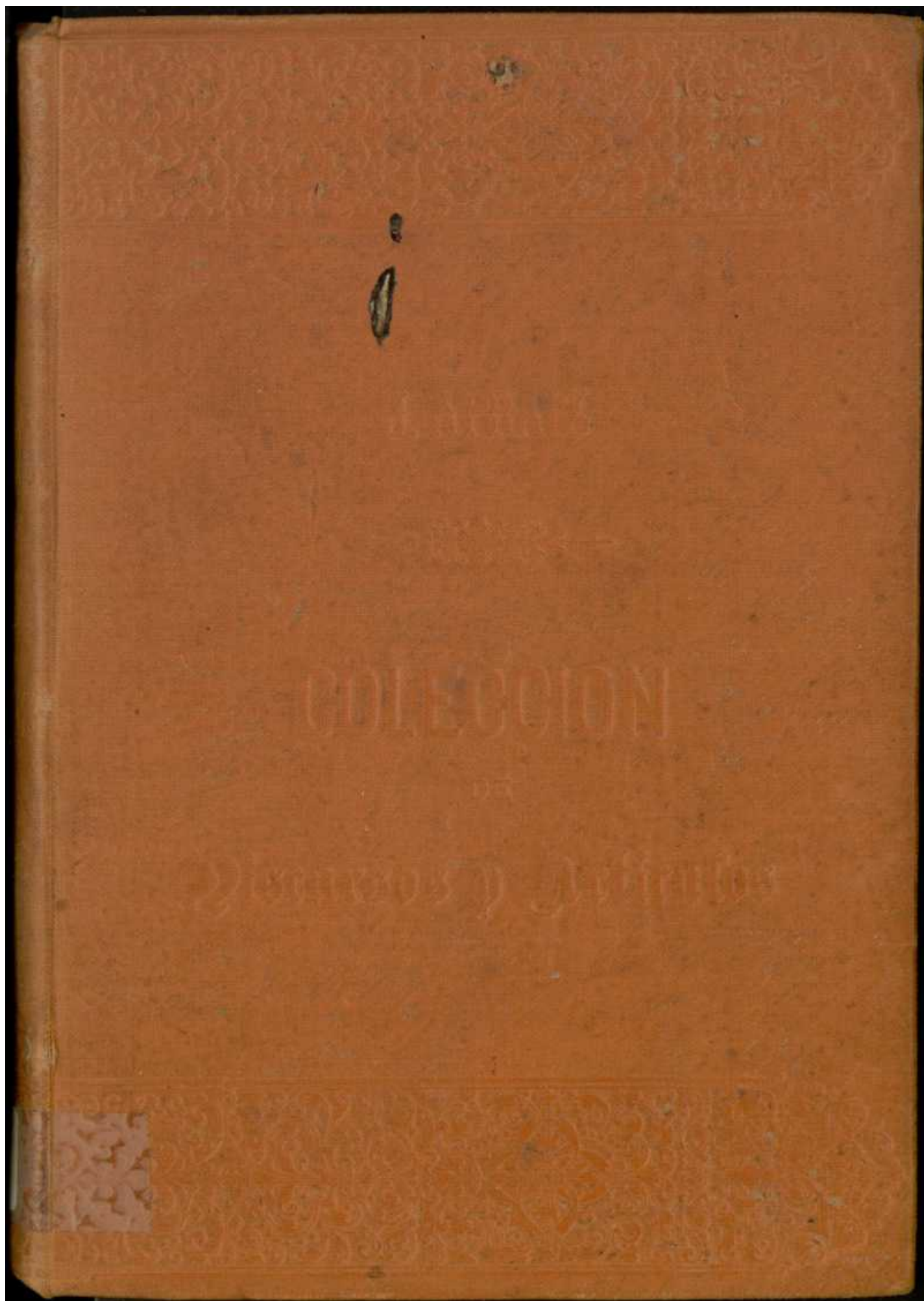
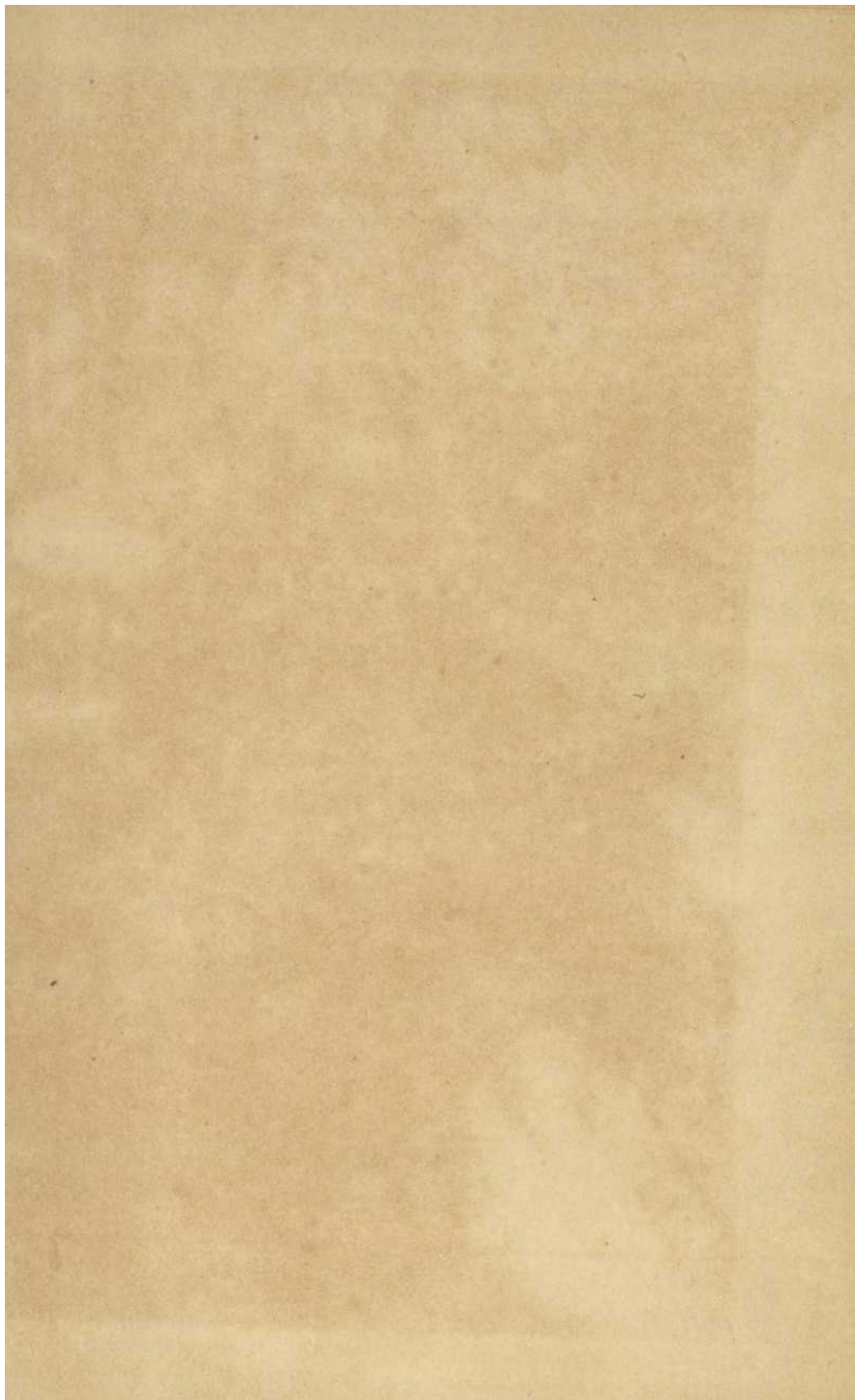
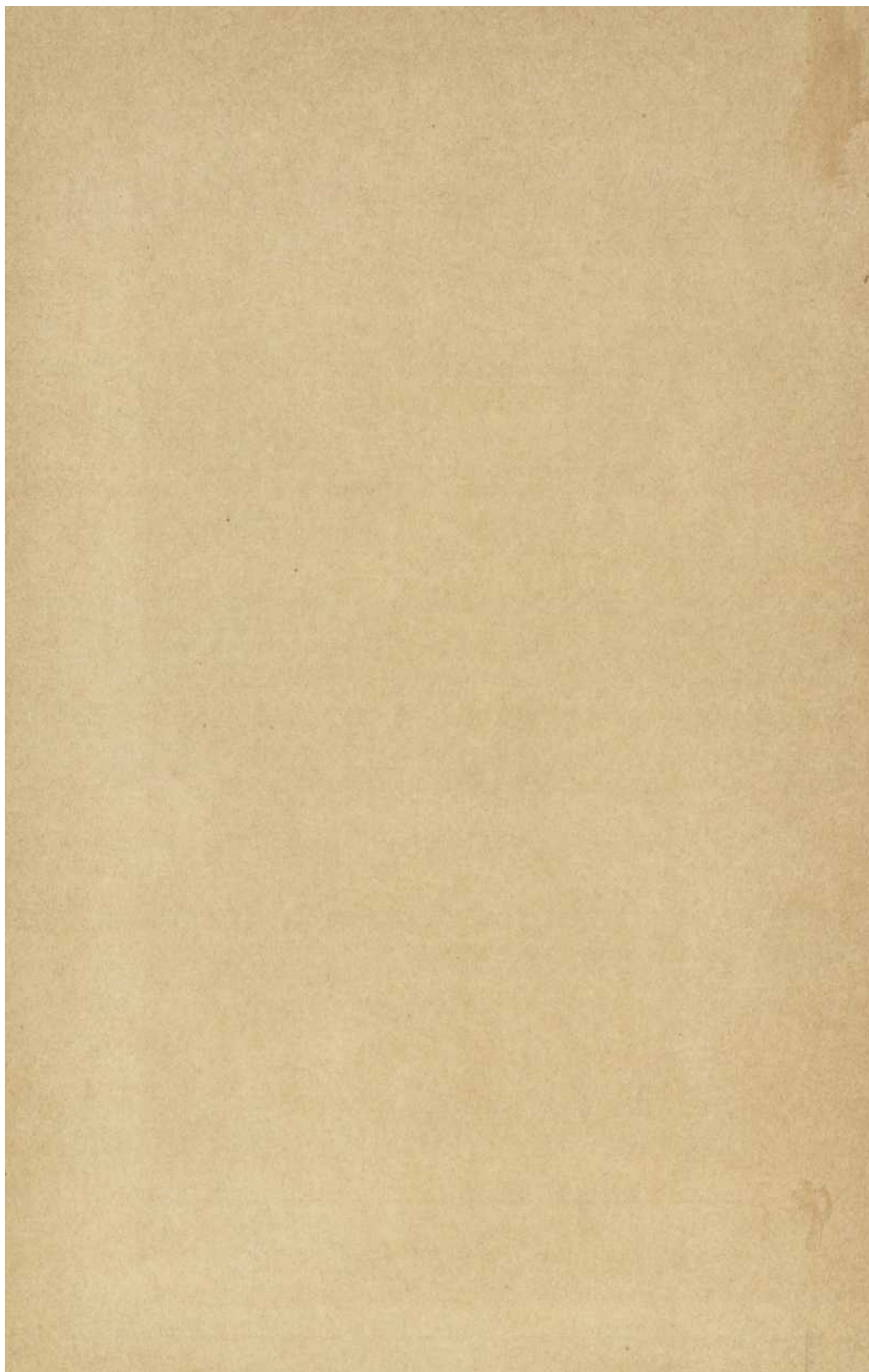


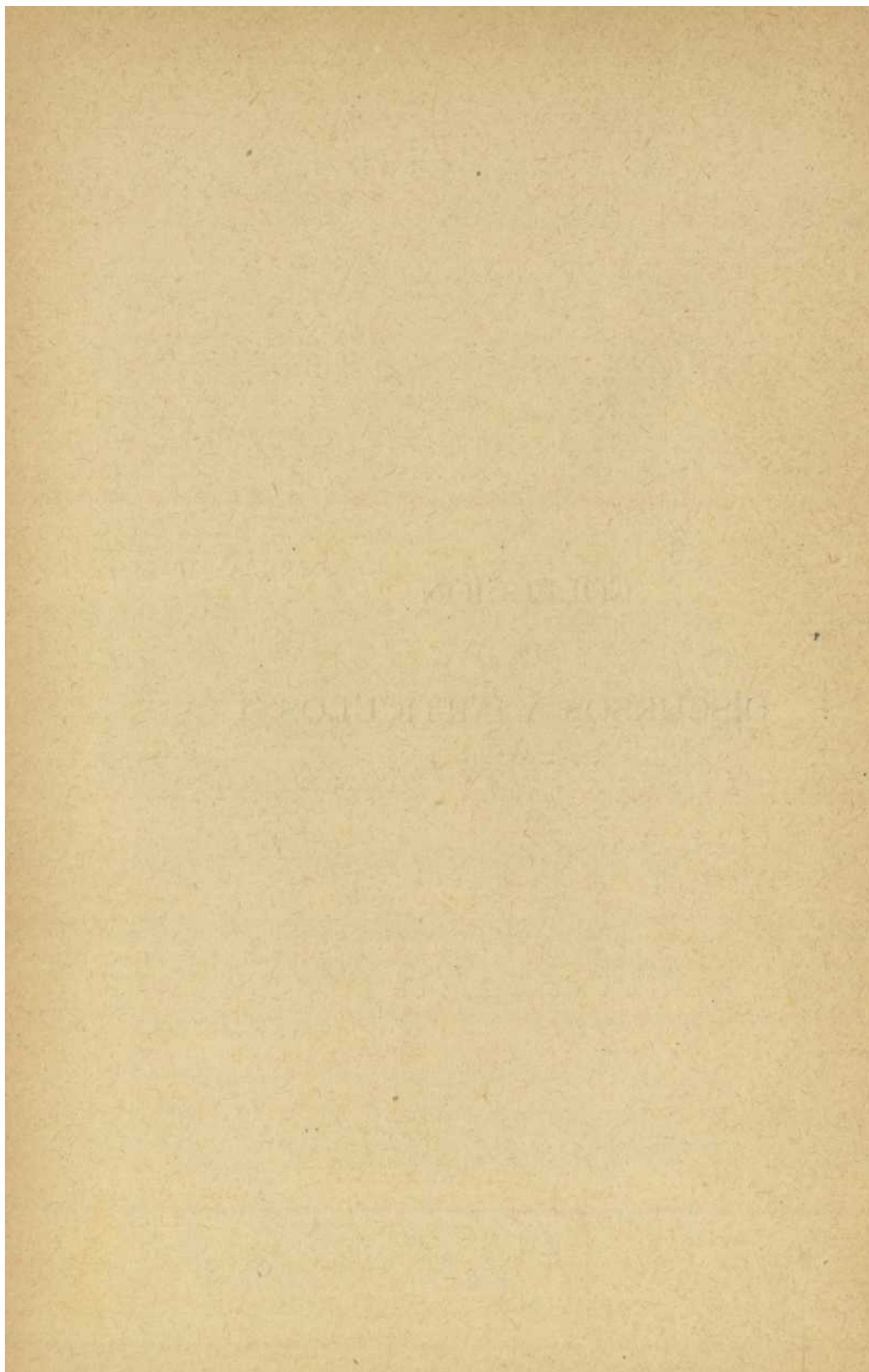


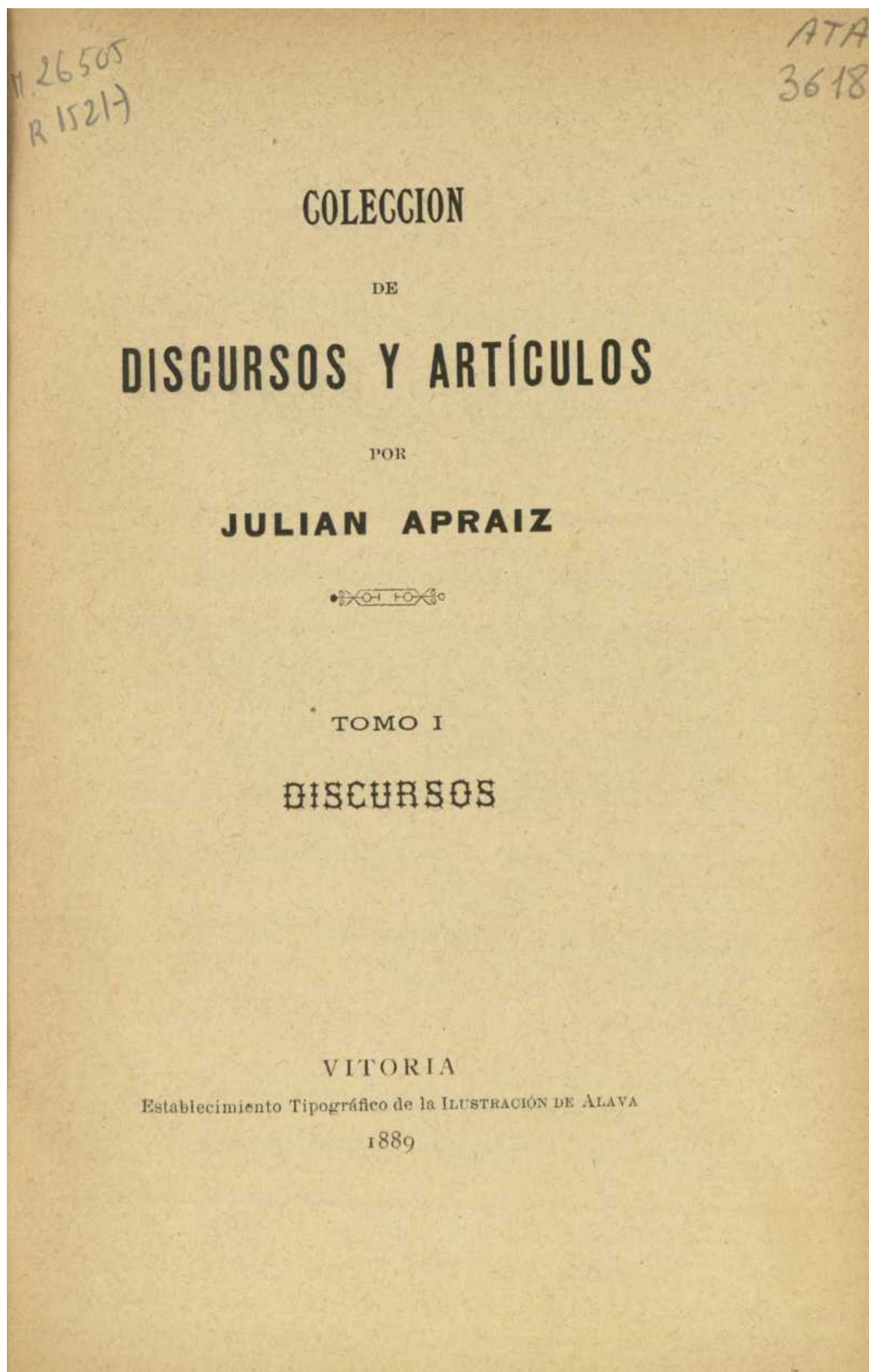






COLECCION
DE
DISCURSOS Y ARTÍCULOS





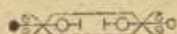
COLECCION

DE

DISCURSOS Y ARTÍCULOS

POR

JULIAN APRAIZ



TOMO I

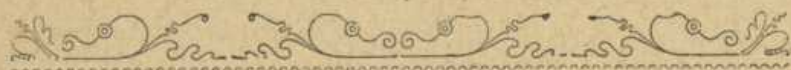
DISCURSOS

VITORIA

Establecimiento Tipográfico de la ILUSTRACIÓN DE ALAVA

1889





Dedicatoria



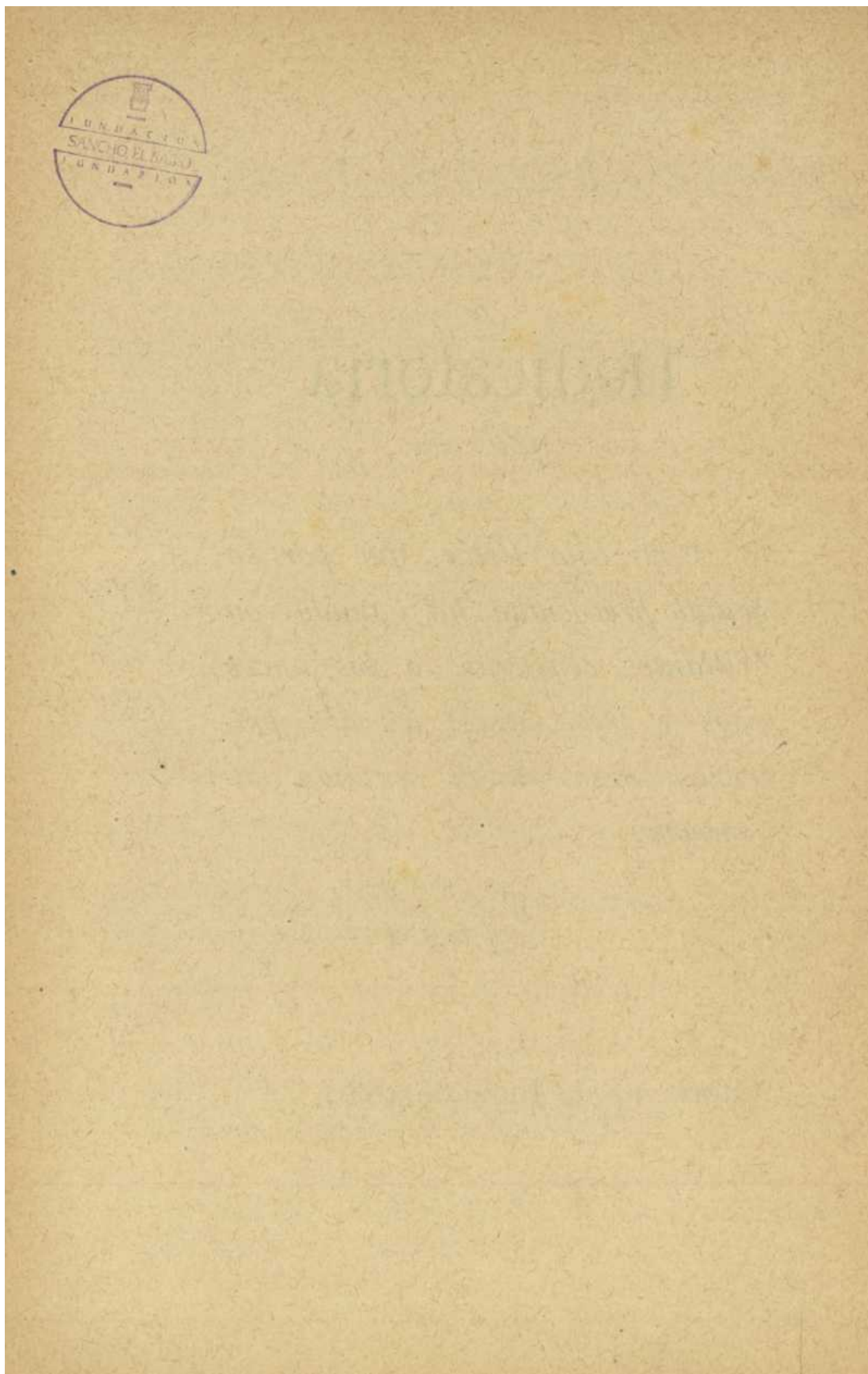
A mi hijo Félix, que por su genial precocidad ha ganado con brillantes censuras, á los nueve años y tres meses, los dos primeros cursos de la segunda enseñanza.

TU PADRE

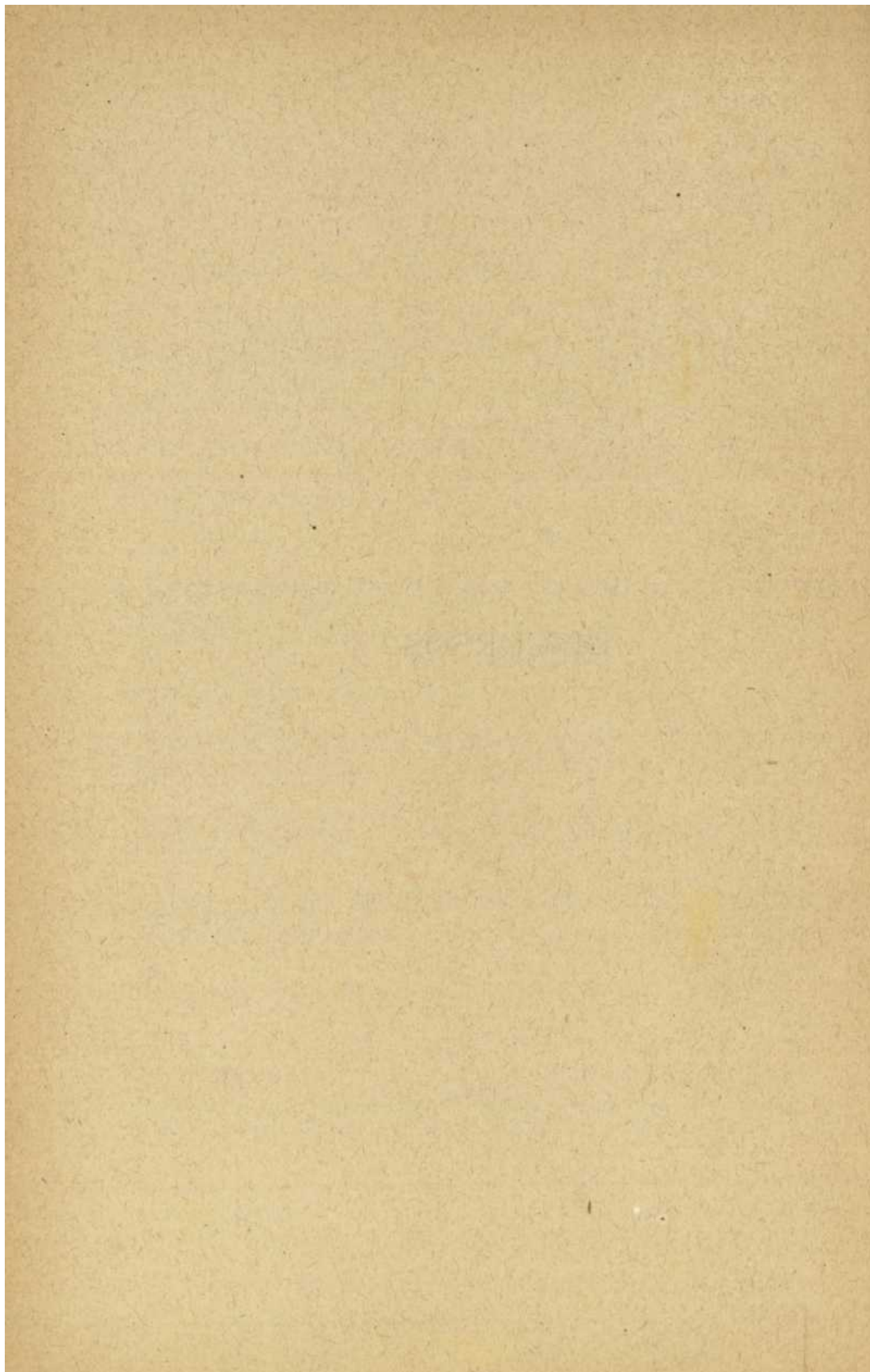
JULIAN



Vitoria 12 de Junio de 1889.



DISCURSOS





Prólogo ó Preliminar



El que desde niño está oyendo decir á sus conocidos que es aplicado ó de provecho, llega á considerar durante toda su vida como parte legítima de su patrimonio esa patente de laboriosidad; y cuando esa laboriosidad haya sido estéril ó dado frutos agraces, como á mí me sucede, tiene uno cierto empeño en acreditarla. A esta pueril satisfacción de pasar revista á trabajitos y entretenimientos li-

terarios que han ocupado mis ocios durante veinte años (aparte otros trabajos de algo más aliento) es debida esta *Colección*.....

Pensé primeramente rebañar todos los desperdicios de mi inexperto cacumen, si bien he de hacerme la justicia de que nunca me pasó por las mientes hacer tragar á mis lectores las malas tentaciones poéticas, pues siendo maestro oficial de poética y oratoria (lo he dicho muchas veces, aunque nunca lo he escrito) me apropio al pié de la letra la modesta frase horaciana *ergo fungor vice cotis*; pero como trato aquí de algo así como una confesión diré: que en mi colección manuscrita para entretenimiento de mis hijos hay algunas docenas de pliegos conteniendo poesías de todas clases, compuestas casi todas desde los 13 á los 17 años. Ahora bien, al ordenar mis trabajillos, los hallo naturalmente divididos en dos secciones: 1.^a Discursos, 2.^a Artículos varios. Y como la primera sección puede formar holga-

damente un tomo, dejo para un segundo volumen, que verá la luz inmediatamente, todo lo que no haya tenido cabida en el primero.

Pocas palabras más, lector benévolo, para explicar lo referente á la Colección de mis discursos. Puedes suponer, por lo que á tí te habrá pasado, siendo español y habiendo alcanzado el período revolucionario, que no habrán escaseado mis brindis en reuniones y banquetes políticos, literarios y meramente amistosos. Corramos un velo sobre estos y otros desahogos parecidos y aun sobre los escolares ó universitarios y profesionales, y empecemos por mis conferencias en el Ateneo científico, literario y artístico de Vitoria. Según un documento oficial, recientemente expedido por el Presidente y Secretario de este centro, desde 1868 á 1889 he pronunciado en él 68 discursos filosóficos, históricos, geográficos, filológicos y literarios, sin contar las impugnaciones y rectificaciones en una docena de polémicas.

micas ó debates sobre diversos temas sociológicos, jurídicos etc., que fueron objeto de discusión. Como muestra ó *spécimen* figuran en este volumen los concernientes al Apólogo, que durante algunos años he creído formarían algún día, con un nuevo trabajo, una Historia más ó menos completa y metódica de dicho género literario, pero que por fin y postre he resuelto queden conforme están.

Y como nada tengo que decir de los lugares y ocasiones de los otros once discursos que completan esta colección, me despido, caro lector, deseando tengas paciencia para coger alguna flor, en este rústico ramillete que te ofrezco, del árido jardín de mi cerebro.

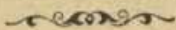
VALE

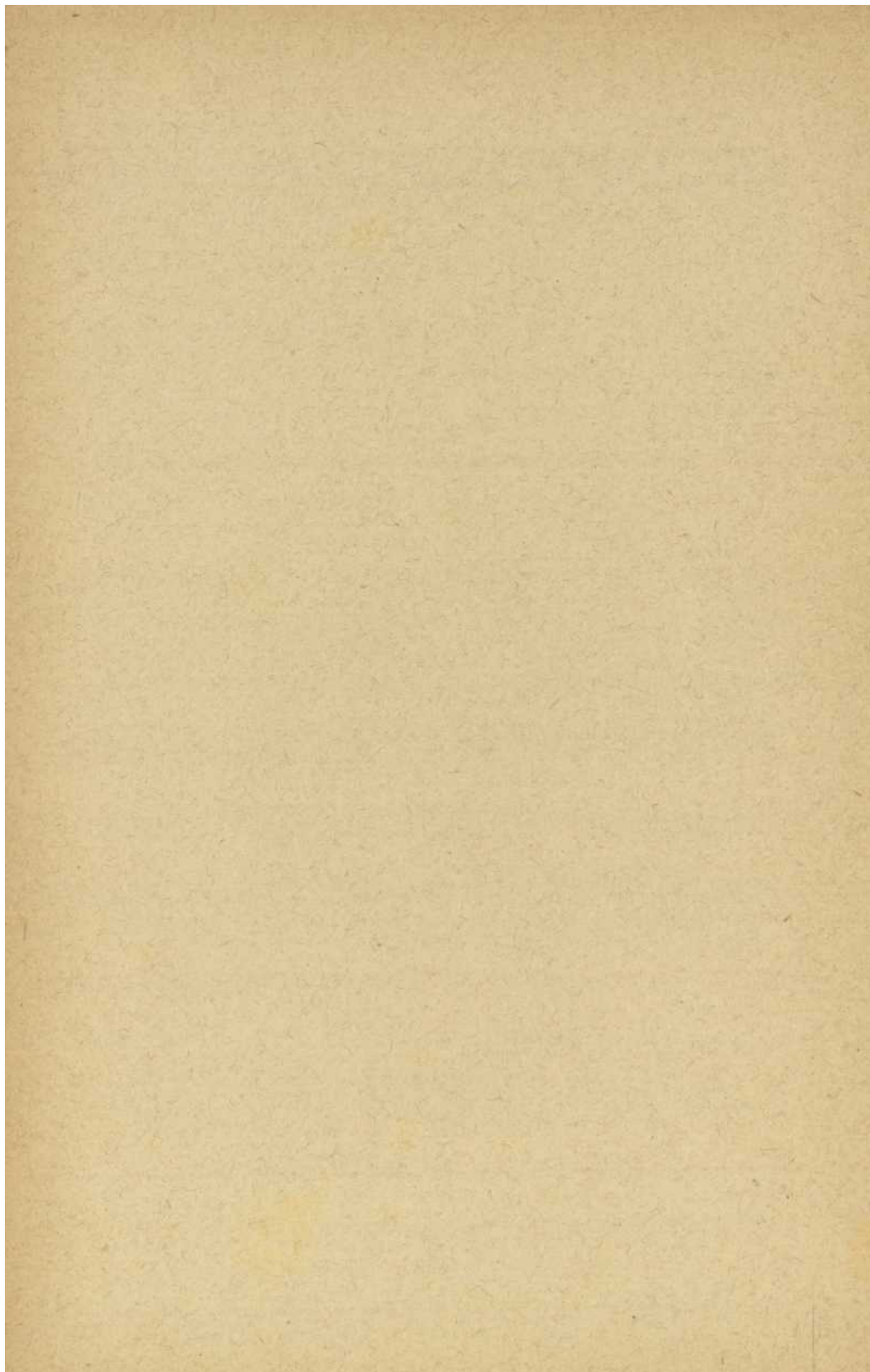


DISCURSOS SOBRE EL APÓLOGO

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE

VITORIA, EN EL CURSO DE 1869 Á 70







DISCURSO I

Importancia de la fábula ó apólogo bajo su aspecto didáctico.— Etimología de las voces fábula y apólogo.—¿Pertenece á nuestro estudio las denominadas fábulas milesias?—El apólogo bajo el aspecto bucólico y desde otros puntos de vista.—Preceptos á que deben ajustarse los fabulógrafos.—¿Puede desecharse en las fábulas el lenguaje versificado y adoptarse la prosa?

SEÑORES:

Acostumbrados á juzgar de las cosas por su valor aparente, apenas si paramos mientes en lo que, revestido de modesta forma, aunque entrañando grandes enseñanzas filosóficas ó sociales, pasa ante nuestras ávidas miradas reclamando nuestra atención, que se fija preferente las más de las veces en objetos abrigados con atavío pomposo de abigarrados colores, que se agitan y nos ocupan en el revuelto piélago de nuestra existencia.

Esta consideración, que desgraciadamente

es aplicable á todas las manifestaciones de la humana actividad, me ha sugerido la idea de presentar á vuestra atención en desaliñado boceto la historia de un género literario de altísima importancia, y cuya influencia en las sociedades no por ser latente deja de ser eficaz; porque ¿quién de vosotros no se emociona dulcemente al recordar la impresión gratísima y á la par profunda que causaba en vuestra alma una conseja bien urdida ó una fábula oportuna oída en vuestros tiernos años?

Y no creais que ese recuerdo placentero reconoce solo por causa lo grato que nos es el dirigir una mirada retrospectiva á esa bella primavera de nuestra vida, á los nacarados ensueños de la infancia; no: es que aquellas fábulas, aquellas alegorías morales, compenetraron en vuestra alma y se identificaron con ella; es que á vueltas de la ficción poética, extrajisteis el jugo de la enseñanza, que depositado en germen en vuestro pecho fructificó insensiblemente en él y vino, alentando muchas veces vuestros propósitos, á inspiraros esas determinaciones acertadas, esas decisiones generosas, que tal vez se hubieran esterilizado sin la influencia benéfica de las parabólicas instrucciones de la primera edad.

Y este fenómeno, que la conciencia indivi-

dual presenta, se realiza también en fases más relacionadas con la vida general, llegando à decidir en circunstancias graves y difíciles. En muchas ocasiones, principalmente entre los antiguos, la elocuencia de una fábula ha recabado de los pueblos y de los poderosos lo que las mejores razones no hubieran conseguido.

Nathán no hace sentir à David su crimen sino por la admirable parábola de *El rico y el pobre* (libri Regum, l. II, c. 12); Esopo no salva del suplicio à un gobernador, acusado de crimen capital, sino por medio de la enérgica alegoría de *La Zorra en el foso*; Menennio Agrippa calma à los plebeyos romanos en el monte Sagrado con el ingenioso apólogo transmitido por T. Livio de *Los miembros y el estómago*. Demóstenes en una ocasión se captó la distraída atención de los atenienses no con su maravillosa elocuencia sino con la de la fábula de *El asno alquilado y su sombra*; Démades, otro orador griego, en ocasión análoga, contó la de *Ceres, la anguila y la golondrina viajeras*, consiguiendo también favorable resultado. Platón en el diálogo *Fedón* nos presenta à Sócrates poniendo en verso algunas fábulas esópicas, momentos antes de su augusta muerte; el mismo filósofo de lo ideal desea que los niños mamen con la leche las fábulas de Esopo, à

quien coloca en lugar muy preferente en su *República*, cuando destierra de ella á los poetas. Aristóteles en su *Retórica* dá á las fábulas particular excelencia para persuadir, pues no siempre, dice, se hallan ejemplos y símiles proporcionados á nuestro intento, y entonces se puede inventar un apólogo que supla esta falta y aun consiga mejor el efecto, por ser muy acomodados para mover al pueblo. Quintiliano en sus *Instituciones oratorias* atribuye su invención á Hesiodo y los aprueba para mover los ánimos. Sabido es el frecuente uso que Jesús hizo del estilo parabólico para instruir á los hombres en sus deberes. Y por último, Lafontaine cree que el medio mejor de enseñar con fruto la moral á los niños, es el de las fábulas; compara las ventajas de este género, cuyos razonamientos y consecuencias forman el juicio y las costumbres del niño, haciéndole capaz de mayores cosas, con el estudio preliminar, al parecer trivial, del punto, de la línea y de la superficie etc., por cuyo medio se alcanzan nociones que facilitan la medida del cielo y de la tierra.

Ahora bien, robustecida suficientemente mi primera aserción con la conformidad de tan notables autoridades, sería ofender la ilustración de los que me escuchais el aducir mayor

copia de ellas para encarecer el interés con que debemos consagrarnos al estudio histórico de tan importante materia. Empero nuestra empresa fuera imposible si tratásemos de examinar detenidamente el origen del apólogo, su diverso desarrollo y los varios aspectos que presenta según las naciones que ha recorrido, siguiendo el aparente curso del sol, en su marcha de Oriente à Poniente; y no tan solo por la escasez de nuestras fuerzas para tarea tan difícil y prolija, sino también por las breves noticias que la historia ofrece, por la confusión y variedad de nombres que presenta, por la poca certeza de la cronología y por la multitud de juicios que los críticos han emitido, no siempre desprovistos de sistemático espíritu.

En el ensayo, pues, que de la historia de la fábula vamos à intentar, nos detendremos principalmente en sus más conocidas fases ó en las que más interés nos ofrezcan; mas, aunque sin someternos à un rigor didáctico, habrémos de ajustarnos à un método de exposición determinado, para que con mayor claridad se desprendan las consideraciones que su estudio arroje.

En este concepto, y sin entrar en disquisiciones que nos aparten de nuestro objeto, comenzaremos por indicar lo que la Preceptiva

señala en este género, pasando después á examinar su desarrollo y los principales cultivadores que ha tenido en Oriente, Grecia, Roma y las naciones formadas en Europa en tiempos posteriores, deteniéndonos principalmente en los de Francia y España.

La palabra fábula, cuya raíz etimológica es el verbo latino *fari* (hablar), ó mejor el griego *φημί* ó *φάω* (decir), con *βούλομαι* (querer) ó *βουλεύω* (consultar, deliberar), ó *βουλή*, *ῆς* (consulta, consejo), de donde nuestras palabras castellanas *fabla* ó *habla* etc., la tomamos aquí en el sentido de una composición que enseña deleitando, pues, bajo la forma de una ficción, contiene una verdad moral ó una enseñanza provechosa. Ordinariamente se distinguen, y para no confundir los términos, dos clases de fábulas. Las propiamente dichas ó apólogos, cuya etimología es de las dos dicciones griegas, *ἀπό* lejos de y *λόγος* discurso, es decir, escrito cuyo sentido verdadero se aleja del sentido exterior, en las cuales los actores é interlocutores son animales irracionales ó seres inanimados, ó cuando alternan ambas especies. Se llaman fábulas racionales ó parábolas (palabra también griega, que en sentido directo significa semejanza, comparación), cuando los actores que intervienen en ellas son hombres, distin-

guiéndose además por un sentido más profundo, que desecha el tono festivo y satírico del apólogo.

Considerando nosotros de la esencia de la fábula el encerrar una instrucción, un principio general, moral ó literario, que naturalmente se desprenda del caso particular que se refiere, no nos parece propia la denominación de fábulas que se da á esos relatos por lo común eróticos, nunca instructivos, que más exactamente deben llamarse cuentos y que suelen apellidarse fábulas *milesias* (con referencia á Aristides de Mileto, el cual habia escrito no se sabe en qué época aunque ciertamente con anterioridad á Augusto), las cuales, casi en su origen, se trasformaron en verdaderas novelas, principalmente en manos de Lucio de Patras, Luciano de Samosata y Apuleyo de Madaura, que trataron el asunto del tan cuestionado *Asno* y sus *metamorfosis*. Esta digresión es suficiente para que nos dispensemos de hacer más referencia á éste, que podemos considerar género aparte, puesto que, aun cuando tenga puntos de analogía con el apólogo, discrepa precisamente en la circunstancia esencial.

La mayor parte de los preceptistas colocan á la fábula en el género didáctico; mas no fal-

tan esthéticos de nota que, sin negar la intención didascálica y moral que en ella prevalece, y aun considerándola como una manera de representación primitiva de verdades morales, en que el poeta deja tanto á la expresión de la alegoría y del simbolo como su declaración á la misma naturaleza, por donde descubren una objetividad que revela el natural parentesco de la fábula con las formas populares y espontáneas de la poesía épico-didáctica, creen, sin embargo, descubrir la esencialidad del género bucólico en la relación general que aquella lógicamente establece entre la naturaleza y el hombre. En su consecuencia afirman que la fábula y el apólogo, tanto en las literaturas indo-orientales como en las modernas, pertenecen á la poesía bucólica, sin perjuicio de reconocer su carácter objetivo y épico, en armonía también con lo que influye y se determina lo épico en la naturaleza compleja de la poesía bucólica considerada como un género de transición. Sostienen, pues, en este sentido dichos estéticos que entre el idilio y la égloga, dos variedades de la poesía bucólica, participando de la inspiración general y propia de la lírica, pero tendiendo á la generalidad didáctica, se encuentran la fábula y el apólogo, formas antiquísimas y populares de la poesía

bucólica, y que acaban de expresar en su más íntimo concepto la esencia de este género.

Los retóricos recomiendan varias reglas que deben observarse en este género de composiciones, y que se desprenden de su misma índole. Tales son: que la acción excite interés, de donde se desprenda la utilidad y el agrado, pues aunque la fábula no es una composición dedicada solamente á la infancia y á las personas toscas é ignorantes, sino que tambien el hombre culto é instruido se complace en su lectura, es conveniente que la copia exacta de las pasiones y acciones humanas que en ella se perciba, esté tomada en momentos notables. Que los actores intervengan obrando conforme á sus cualidades y caracteres naturales: ningún fabulista ha presentado al león cobarde, infiel al perro, cruel al cordero, perezoso al caballo, torpe á la zorra etc. Además, en los caracteres y costumbres que se atribuyen á los animales deben hallarse, como reflejados en un espejo, los del hombre. Que el argumento sea sencillo: que el lenguaje sea claro: si se emplea el diálogo, el estilo debe ser propio de la situación de los personajes. Las descripciones de estos y de los lugares, las alusiones históricas, morales ó literarias y los diálogos vivos y cortados, cuando el argumento lo consiente, con-

tribuyen mucho á la gracia y ornato del apólogo. Por lo que respecta á la unidad, verosimilitud, integridad y demás calidades de la acción etc., que minuciosamente acumulan muchos autores, si es que pueden tener aplicación en un poema de tan cortas dimensiones, son consecuencias de las ya dichas. El *precepto*, parte esencialísima, como queda dicho, del apólogo, puede colocarse indistintamente al principio ó al fin, según el gusto lo exija ó lo permita: en el primer caso, á la simple lectura se comprende mejor el sentido de la alegoría y la intención del autor en las alusiones y pormenores; en el segundo se tiene el placer de la suspensión, y la impresión total es más viva: á pesar de esto la moralidad ha de resaltar de la acción misma, deduciéndose sin violencia; así es que cuando el sentido moral se induzca de la simple referencia de la acción no habrá inconveniente en omitirle. Fedro y LaFontaine le colocan indistintamente al principio ó al fin; Iriarte y Samaniego casi constantemente lo colocan al fin.

Entre los actores que juegan en el apólogo, no es raro encontrar al mismo hombre en las fábulas llamadas *mixtas*, por más que los seres inanimados y animados irracionales tengan en él más legítima representación. Y no

sólo alternan los hombres con los demás animales sino que á veces son los únicos personajes; pero esta intrusión, que desnaturaliza de algún modo la índole del apólogo, comunicándole casi siempre cierta impropia gravedad, no debe emplearse con mucha frecuencia. Fedro la prodiga con exceso: véase el de *Los navegantes* (1) traducido por Samaniego. (2) Aulo Gelio con su fábula de esta clase *El tracio ignorante que troncha con los espinos los árboles frutales* (3) ha dado á Lafontaine el asunto y los más bellos rasgos de la intitulada *le Philosophe scythe* (4). Tampoco consideramos muy propio, como el primero acostumbra, el convertir en fábula un dicho ó anécdota abstracta, tal como la de la casa de Sócrates (5), etc., etc.

Entre los conocimienos que deben exigirse á un fabulista, bien debe entrar á la parte la *Historia natural* en sus tres reinos, pues á más del carácter moral no deben echarse en olvido las cualidades físicas hasta degenerar en lo

(1) Lib. IV, fáb. XV.

(2) L. IV, f. XIII.

(3) *Noctes atticæ*, lib. XIX, c. XII. Gramático del segundo siglo de la era cristiana, según toda probabilidad.

(4) Lib. XII, fáb. XX.

(5) Lib. III fáb. IX.—*Socrates ad amicos*.

absurdo. Sirva de ejemplo à este olvido el presentar á una zorra hartándose de trigo, como en muchas ediciones de Horacio se observa (1). Dentro, pues, de estos límites y los oportunamente consignados debe girar el fabulista; pero observando sobre todo la más escrupulosa moralidad, ya que una de sus aplicaciones, y no ciertamente la ménos atendible, es la de modelar el corazón de la infancia, adaptándolo á las más puras y sanas enseñanzas. Por eso rechazábamos de la esfera de nuestro estudio las apellidadas *fábulas milesias*, pues que, como dice el más peregrino de nuestros ingenios, por boca del canónigo, «según á mí me parece, es-

(1) Lib. I, epíst. VII, v. 29-33. Bentlei quiere que se sustituya la lectura de *vulpecula* por *nitedula*. Nisard sigue esta modificación; pero otros, sin convertir la zorra en ratón, se contentaron con introducir la en un granero (*cameram*), en vez de un cesto (*cumeram*), tales como Loscher, Dacier, etc. V. Búrgos: *Las Poesías de Horacio*, traducidas en versos castellanos, con notas y observaciones críticas (acompaña el texto), tom. IV, págs. 98 y 99 —Madrid: 1823. Entre las ediciones en que se adopta el texto primitivo v. Q. Horatii Flacci, poemata: cum commentariis Joh. Min. Ellii. — Venetiis. — MD. CCLXXII, págs. 450 y 451. De todas suertes lo presentamos como ejemplo de errores en que no se debe incurrir.

te género de escritura, y composición, cae debaxo de aquel de las fábulas, que llaman Milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleytar, y no á enseñar. Al contrario de lo que hazen las fábulas Apólogas, que deleytan, y enseñan juntamente (1).» Efectivamente: desde tiempo remotísimo, vienen dividiéndose las fábulas por los preceptistas griegos (siglo II), en mitológicas, épicas, milesias y apólogas, y estas últimas, que son las de nuestro exclusivo objeto, en racionales, morales y mixtas, aunque todas dentro de la denominación de *esopias*. (2)

De lo dicho se desprende que la fábula no es una composición fácil de hacer, como á primera vista parece, sino, al contrario, un género sumamente árduo, en el que pocos salen lucidos, siendo precisamente su principal escollo la misma sencillez que debe revestir.

Finalmente, señores, considerando nosotros la fábula como un género poético, no podemos menos de desechar, por más que notables preceptistas como Patru y otros la sostengan, y

(1) EL INGENIOSO HIDALGO DON QVIXOTE DE LA MANCHA, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, cap. 47 del tom. I.

(2) Φιλοστρατ. εἰκόνες. - Ἑρμωγεν. προγομνάσματα - Ἀφθον. προγομνάσματα.

algún fabulista como el espiritual Lessing la haya practicado, la doctrina de que la fábula debe escribirse en prosa, fundándose en que su más bello adorno consiste en no tener ninguno, pues semejante aserto carece de todo fundamento artístico. No pueden señalarse reglas métricas para la fábula, principalmente en nuestra lengua: Iriarte y Samaniego usan toda clase de metros; sobre todo el primero hizo gala de ostentar en sus fábulas toda la riqueza y variedad de la versificación castellana.

HE DICHO.





DISCURSO II

Cuál sea el fundamento racional de la fábula.—Hipótesis poco satisfactorias, que tratan de explicar su origen histórico.—Explicación clara del asunto.—La forma simbólica aparece en Oriente por primera vez.—Antigüedad y excelencia de la literatura hebrea.—Análisis crítico del apólogo «Los árboles eligiendo rey.»

SEÑORES:

Trabajo por demás curioso sería aquél, en que un verdadero sabio se propusiera indagar las causas de un fenómeno tan extraño como constante, que aparece en la historia de todos los pueblos.

En efecto, en el estudio del desarrollo del ingenio del hombre se nos presenta una faz interesante al observar cómo hermanamos instintivamente en el apólogo la naturaleza de los brutos con la nuestra; atribuyéndoles el uso de nuestras facultades intelectuales y morales y haciéndoles un lugar, por decirlo así, en el banquete de la razón, la cual señala el punto

más alto á que alcanza el humano linaje respecto á los demás seres de la escala zoológica. Y no solo los animales, si que también los seres inanimados, á quienes da el fabulista vida racional, participan de tan rara solidaridad.

Ahora bien, el considerar penetrada la naturaleza toda de vida, de inteligencia y aun de finalidad moral, atribuirle en sus manifestaciones múltiples individualidad y carácter propio, prestándole condiciones y cualidades, afectos dominantes y pasiones, descubre entre la humana y aquélla una extraña analogía, cuyos fundamentos constantes se manifiestan aún en la manera con que el niño y el campesino de agrestes y solitarias comarcas sienten la naturaleza, asignando ministerio y fin á todos los seres que la pueblan. Esta es, indudablemente, la primitiva y sencilla concepción que da origen á la fábula en las primitivas literaturas y éste el carácter que en ellas reviste; mas no sin que vaya modificándose en las sucesivas edades artísticas, reflejando las formas complejas que en estas determina el elemento reflexivo y aprovechando ya el elemento épico, ya el lírico, ya la intención satírica, ya sobre todo la didáctica: que todas ellas ha revestido la fábula en el largo periodo de su historia.

En el estudio, pues, que haya de proporcio-

narnos ideas luminosas sobre las causas históricas y racionales de tan interesante fenómeno debe figurar en primer término el Oriente, cuna del hombre, asiento de la más elevada filosofía, venero inagotable de riquezas literarias y donde el apólogo se presenta como planta indígena, brotando espontáneamente de su suelo.

Pero hénos aquí ya en una de las primeras y más debatidas cuestiones que, al tratar del origen del género de literatura que nos ocupa, se presenta y que habremos de tocar siquiera sea de pasada.

La fábula ¿necesitó para nacer y desarrollarse de alguna institución ó arraigada creencia, que, siendo su verdadera matriz, á no haber esta existido, hubiera aquella permanecido en una latente virtualidad; ó esas circunstancias se presentan en la historia de la humanidad tan solo como causas ocasionales, que contribuyen á que su aparición se señale con especiales determinaciones?

Cuestiones son estas que no nos proponemos profundizar; mas para cuya inteligencia y solución en determinado sentido habremos de consagrar algunas consideraciones que, por otra parte, corroboren la doctrina ya sentada.

Dos hipótesis principales tratan de explicar

el origen del apólogo, ambas ingeniosas, pero que en nuestro concepto confunden el momento histórico de su aparición con el verdadero origen racional, independiente de todo punto del medio en que se realiza y coetáneo con la facultad psicológica de la palabra, parte integrante del hombre como ser inteligente.

Aclararemos este concepto: bien analizado el género que nos ocupa, observamos que no es otra cosa que una manera de expresar un pensamiento entre las infinitas con que es dado al hombre hacerlo. El hombre más rústico suele recurrir natural y espontáneamente à un modo indirecto, que entretenga ó interese, en lugar de emitir directamente una sentencia ó máxima que trate de imprimir en el ánimo de alguno. Por esta consideración, que de un modo indubitable se vé patentizada en las relaciones ordinarias, se comprende bien que la fábula en su esencia se haya conocido siempre con formas más ó menos rudas; perdiéndose por consiguiente su invención en el origen de las sociedades.

Siendo esto así, no hay para qué refutar detenidamente las opiniones, más ingeniosas que exactas, que pretenden legitimar la existencia y generación del apólogo, presentándolo como producto exclusivo de exteriores circuns-

tancias; por lo cual nos limitaremos à presentarlas y à hacer un breve comentario sobre ellas.

Es una opinión bastante arraigada la de que la fábula ha nacido en tiempos difíciles para la libertad, debiendo su origen à la esclavitud y al despotismo. Según dicha opinión, los poetas, no atreviéndose à hacer oír à los tiranos la verdad desnuda, se propusieron aleccionarles por medio de relatos alegóricos, que sirviesen de velo à sus propios afectos: así lo manifiesta el mismo Fedro en el prólogo del libro tercero de sus fábulas. Pero prescindiendo de que los verdaderos tiranos à quienes el fabulador se dirige son las pasiones humanas ¿cómo es posible creer que la tiranía haya condescendido jamás en perdonar ni oír con benevolencia la verdad? Los dèspotas son bastante suspicaces y perversos para descubrir y castigar tan inocente estratagema; y si en algunos casos acepta el poderoso lecciones encubiertas con un bello velo, estas excepciones demuestran, como queda anteriormente expuesto, las excelencias del género, sin que en manera alguna puedan generalizarse estos hechos, ni mucho menos concluirse de ellos la *teoría de que la fábula tuvo su origen entre los hierros de la esclavitud.*

¿Será más admisible la hipótesis de que la

doctrina de la metempsícosis ó trasmigración de las almas es la generadora de la fábula? Nada más verosímil y natural, que allí donde ese dogma era universalmente aceptado se estudiasen con cuidado las costumbres, los hábitos y el modo de vivir de los animales, en los cuales el hombre podía contemplar á sus propios padres y aun el organismo de su misma supervivencia: de aquí á atribuirles lenguaje, asociación *racional* y relaciones *voluntarias* no hay gran distancia, y para encontrarnos ya la fábula hecha no hay más que excogitar las cualidades relevantes de los animales y presentarlas como saludable contraste ante las perfidias, vicios y crímenes de los hombres. Este ingenioso sistema es tan poco satisfactorio como el primero y tan vicioso como él, pues ambos están formulados *á posteriori* y deducidos de premisas inexactas; partiéndose en el segundo graciosamente del origen indiano del apólogo, sin que por ninguno de los dos se justifique la virtualidad fundamental del género ni se determine su aparición histórica. Sirven ambos tan solo para que se saquen consecuencias respectivas tan caprichosas como la de que el primer fabulador fuese ya un esclavo, ya un bracman; ó apreciaciones tan poco meditadas como la sustentada por nuestro Martinez de la



Rosa, que deduce del primer sistema, que este género de poesia no conviene al presente, porque no hay hombre bastante poderoso, cuya cólera sea temible, sin que, por otra parte, sea suficiente dicho género para decir la verdad á los pueblos, pues al candor un tanto infantil del fabulógrafo debe sustituir hoy la vena cáustica de Juvenal.

La forma compleja que el apólogo reviste al aparecer en las literaturas se explica más fácilmente por su manera de realizarse en armonía con las exigencias de los tiempos, y siendo influida de modo vario, ya por las ideas dominantes de la época, ora suponiendo una lógica relación entre la naturaleza y el hombre, ora como tímida protesta del débil contra el opresor, ora, en fin, participando de otros aspectos puramente artificiales, desconociendo su índole primordial y haciéndola servir á intentos diversos; pero siempre manifestando, ora latente ora predominante, la intención didascálica. Por esto se observa en ella ya el elemento épico, ya el lírico, ya la intención satírica y otras varias formas (1), cuyos hechos han dado lugar

(1) *La poesia y sus géneros*, por D. F. de Paula Canalejas.—Madrid, 1969.—Tomo I, lib. II c. III, pág. 387 y siguientes.

à cuestiones más ó menos afines, ampliamente debatidas por los críticos y resueltas de distintos modos, tanto respecto à su origen *racional* y aparición *histórica* (1), como al género literario à que más legítimamente pueda asociarse en la Preceptiva.

Aristóteles, en este punto, entiende que no siempre se hallan similes acomodados à nuestro intento, y que de ahí viene la aplicación del apólogo. Εἰσὶ δὲ οἱ λόγοι δημηγοροῖσι, καὶ ἔχουσιν ἀγαθὸν τοῦτο, ὅτι πράγματα μὲν εὖρεῖν ὅμοια γεγενημένα χαλεπὸν, λόγους δὲ, ῥᾶρον... (Τέχνη ῥητορικὴ, βιβλ. β', κεφ. κ'.) (2).

En cuanto à su excelencia la demuestra transcribiendo uno de Esopo, verdaderamente

(1) *Fabulae Phædri*, lib. III, prologus.—*Traité de littérature*, par M. Em. Lefranc.—6.^a édition.—Paris: 1850, pág. 151.—*Obras inéditas ó poco conocidas de D. Félix M. de Samaniego*, por D. Eustaquio F. de Navarrete.—Vitoria: 1866.—pág. 40 y siguientes.—Coll y Vehí, etc., etc.

(2) La palabra λόγος significa *apólogo*, pues éste que, primeramente, cual en Hesíodo, Arquíloco etc. se observa, se denominaba αἶνος, fué sucesivamente siendo llamado por los griegos μῦθος, λόγος, ἀπόλογος, παροιμία —Quintiliano dice que el nombre de apólogo no estaba comunmente recibido en su época. *Oratoriae institutionis*, lib. V, cap. XI.

político, con que salvó del suplicio à un gobernador acusado de crimen capital. (1).

Hé aquí el texto griego de este curioso documento:

Ἀλώπεκα διαβαίνουσαν ποταμὸν, ἀπωσθῆναι εἰς φάρμακον· οὐ δυναμένην δὲ ἐλθεῖναι, πολὺν χρόνον κακοπαθεῖν, καὶ κυνορραιστὰς πολλοὺς ἔχεισθαι αὐτῆς· ἔχτιον δὲ πλανώμενον, ὡς εἶδεν αὐτήν, κατοικτεῖραντα ἐρωτᾷ, εἰ ἀφέλοι αὐτῆς τοὺς κυνορραιστὰς· τὴν δὲ οὐκ ἔξν· ἐρομένου δὲ διὰ τί, φάναι, ἔτι οὗτοι μὲν πλήρεις μου ἦδη εἰσὶ, καὶ ὀλίγον ἔλθουσιν αἷμα· ἐάν δὲ τούτους ἀφέλῃ, ἔτεροι ἐλθόντες πεινῶντες, ἐλπιούνταί μου τὸ λοιπὸν αἷμα.

Hé aquí nuestra versión directa:

«Atravesando una zorra un río, cayó á un foso, y no pudiendo salir de él, empezó á sentir muy pronto las picaduras de muchas garrapatas que hicieron presa en ella durante largo tiempo. Pasando un erizo y viéndola en tal estado, movido à compasión le preguntó si queria que le quitase aquellos insectos. Impidiólo la zorra, y replicando el erizo ¿por qué? aquella dijo: estos están llenos de mí y me sacarán ya poca sangre: si los ahuyentases, vendrían otros hambrientos que me chuparían el resto. (2)»

(1) Id. ibid, ó sea Retórica, II, 20.

(2) Faerno, poeta italiano del siglo XVI, incluyó este apólogo en sus fábulas en verso latino (fáb. 17, lib. IV).

Insistiendo en la importancia del apólogo, nos ha transmitido el mismo filósofo el titulado *El hombre y el caballo*, que atribuye á Stesícoro de Himera (1), imitado por Horacio (2), reproducido por Conon (3), y utilizado por casi todos los fabulistas, á contar desde Fedro (4).

Quintiliano quiere que se ejerciten los niños en recitar las fábulas de viva voz, en *deshacer los versos*, cambiando las palabras y en parafrasearlas abreviando y amplificando el texto (5).

En definitiva, pues, y como consecuencia de la doctrina desenvuelta, tenemos: que la razón *á priori* de la existencia de la fábula está en la necesidad sentida por el hombre de manifestar por imágenes sus ideas para hacerlas más palpables.

Habiendo nosotros de concretarnos al estudio del desarrollo histórico del apólogo, comenzaremos por el Oriente, cuna del simbolismo; pero no podemos menos de calificar de exage-

(1) Obra, libro y capítulo citados.

(2) Lib. I, epist. 10, v, 34-41.

(3) Gramático griego del tiempo de César y de Augusto (época greco-romana): hizo una colección de cincuenta cuentos, conservados en extracto por Focio, referentes á orígenes de ciudades, Διηγρήσεις, μβ'.

(4) *Equus et aper*, IV, IV.

(5) Obra citada, lib. I, cap. IX.

rada la aspiración de la crítica moderna, que haciendo un pretencioso alarde de erudición trata de penetrar, aunque con impotente esfuerzo, en las densas nieblas que los siglos han arrojado sobre aquellas primitivas composiciones, é iluminando sus espacios con resplandor quimérico se propone presentarnos las fábulas de las literaturas clásicas como verdaderos trasuntos de las orientales.

Existe un pueblo en la antigüedad que si merece atención preferente por parte del historiador no ofrece menor materia de estudio al literato; hay un libro que estereotipa admirablemente su manera de ser: aquel es el pueblo hebreo; la Biblia es su reflejo exacto y el libro por excelencia. Los hebreos son el primer pueblo que, dejándonos de disputas, nos ha legado obras literarias. Su lengua era ya rica en obras maestras mucho tiempo ántes de que los griegos conociesen la escritura. Sanchoniátòn, el más antiguo historiador egipcio, no escribió sino hácia el tiempo de Saül (1080), es decir, algunos siglos después de la época en que se coloca la publicación de los primeros libros de los judios; en fin, el escritor hebreo que termina su primera época literaria, Esdrás, era contemporáneo de Herodoto, el padre de la historia griega.

La Biblia considerada en conjunto y como un solo cuerpo, es la gran epopeya que deja muy en pos à la Iliada y la Eneida, la Jerusalem y el Paraíso; mas considerada en sus distintos libros, presenta acabados é inimitables modelos de los distintos géneros de poesía. Cerca de cuarenta siglos hace que los filósofos y los poetas y los sabios y las gentes sencillas ojean con avidez ese gran album, en cuyas páginas se leen los nombres de Moisés, David, Salomón, Isaías, Jeremías etc.

La primera fábula verdaderamente tal, de que tenemos noticia, se encuentra en ese libro sorprendente y se remonta á una época distante de nosotros más de tres mil años. El único apólogo que se lee en la literatura hebráica, nos lo ofrece el libro de los Jueces al capítulo IX, versículos 8-15; es el de *Los árboles eligiendo rey*, en el cual demuestra Joathán á los de Sichén la injusticia de su elección.

Hé aquí la versión del eminente catedrático de hebreo de la Universidad de Madrid, doctor García Blanco

«Iban una vez los árboles á ungir rey para ellos, y dijeron á la oliva: Reina sobre nosotros. Mas les dijo la oliva: Y qué ¿dejaré yo mi óleo, cuando conmigo se ungen dioses y hombres,

para ir à promoverme sobre los árboles? Entonces dijeron los árboles à la higuera: marcha tú y reina sobre nosotros. Mas dijo à ellos la higuera: pues qué ¿hé de dejar yo mi dulce jugo y mi buen fruto, y hé de ir à promoverme sobre los árboles? Entonces dijeron los árboles à la vid: Vén tú y reina sobre nosotros. Mas tambien les dijo la vid, qué ¿dejaría yo mi mosto, que tanto alegra à dioses y hombres, para ir à promoverme sobre los árboles? Entonces dijeron todos al espino: Vén tú, reina sobre nosotros. Y el espino dijo à los árboles: si en verdad vosotros quereis ungirme por rey sobre vosotros, venid, confiad en mi sombra, pues que sinó, saldrà fuego del espino y devorará à los cedros del Líbano.»

El sentido alegórico de este apólogo se comprende fácilmente teniendo en cuenta los detalles históricos que siguen: Gedeón, de la tierra de Israel, tuvo setenta hijos legítimos, y de una concubina, que estaba en Sichén, otro llamado Abimelech. Muerto Gedeón, à quien se llama tambien Jerobaal ò *El que pleitea con Baal*, Abimelech, empleando cábala y amañes habló à los hermanos de su madre y à toda la familia de la casa del padre de su madre, para que trabajasen con todos los de Sichén en su elecciòn de rey: por este medio y comprando

hombres ociosos y vagabundos que le siguiesen partió à casa de su padre y dió muerte à sesenta y nueve de sus hermanos; mas pudo esconderse y salvarse el hijo más pequeño de Jerobaal, Joathán, el cual, sabiendo que Abimelèchera escogido rey por todos los de Sichén congregados, se colocó en la cumbre del monte Garitzin y alzando la voz les relató el apólogo transcrito.

Ahora bien, la oliva, la higuera y la viña, que producen excelentes frutos, siendo utilísimos para el hombre, simbolizan à Gedeón y sus hijos, cuya dulzura, probidad y demás cualidades que les adornaban hubieran podido contribuir à hacer felices à los Israelitas; mas habiendo estos ofrecido la corona à Gedeón y sus hijos, aquel en su nombre y el de estos no la aceptó, aconsejándoles además que solo Jehová fuese su Señor (Juec. c. 8, v. 22 y 23). Pero el mónstruo Abimeléch, que está representado por el espino, estéril en fruto y lleno de espigas que punzan à quien se aproxima, aceptó un reino que le costaba torrentes de sangre de sus hermanos.

Las excusas de la oliva, de la higuera y de la vid, deberian hacer estremecer à todo rey consideradas atentamente, al deponer unánimes, que para ser promovidas à la dignidad

real sería necesario desposeerse de sus naturales y más íntimas propiedades; viniendo à decir, en su consecuencia, que nadie que tuvo que perder y valía algo quiso ser rey, sino el espino, ingrato è infructuoso de suyo; indicándose también las terribles consecuencias de un rompimiento entre el señor y el pueblo, y simbolizándose en cada uno de aquellos vejetales las varias clases de un estado y el conjunto de intereses, de propiedades, de categorías y méritos que constituyen una república de hombres. Hé aquí la moralidad que directamente se desprende de èsta fàbula: hè aquí toda su belleza, naturalidad, oportunidad, gracia, verosimilitud, agudeza, nativa sencillez y cuantas circunstancias deben acompañar à este gènero de composiciones, por lo cual no dudamos en considerarla como uno de sus más bellos modelos.

Hay ademàs una segunda moralidad profética, la cual se refiere al cumplimiento de la imprecación de exterminio contra el inicuo y los cómplices de su perversidad (c. 9, v. 20), con que parece parafrasear Joathàn las últimas palabras del apólogo, dándoles sentido directo.

Según se echa de ver, la concisión y naturalidad, huyendo de todo adorno que pueda de

bilitar la fuerza del pensamiento ú oscurecer la verdad moral, es lo que caracteriza al anterior apólogo, que puede ser incluido en los que por esta razón se denominan, aunque impropriamente, *esópicos*. No es esta, sin embargo como vamos á ver, la faz que presentan los demás apólogos de Oriente, los cuales se amoldan, como es natural, á los distintos pueblos y á la diversa indole de su lenguaje.

HE DICHO.





DISCURSO III.

La India.—El sanskrit.—Civilización indiana.—Elementos que determinan la aparición del apólogo indiano.—El Pantcha-Tantra: opiniones acerca de su autor.—Idea de ese peregrino libro.—Carácter especial del apólogo indiano.—Imitaciones, versiones y compendios más notables del libro atribuido á Pilpay.—El libro de Sendebâr; su significación y fin moral.—Traducciones más notables hasta la castellana.

SEÑORES:

Hay una región en la parte más oriental del Asia, que al abrigo de los más encumbrados montes del globo, deprimiéndose gradualmente en fecundas colinas, y dilatada á veces en risueños valles, llega por un lado al Océano y tropieza por otro con la cordillera del Himalaya. Esa tierra clásica, donde á la luz de la crítica moderna todo nos parece grande y maravilloso, y que ha visto hollar su suelo á un pueblo que aparece en perspectiva como un gigante medio envuelto por las misteriosas sombras del tiempo, es la India. Las nacio-

nes que un tiempo la poblaron han vuelto á surgir, como cadáveres galvanizados, merced á los trabajos de la filología; y sacudiendo el polvo con que los siglos las habian cubierto y abandonando, su tumba, se presentan á nuestra vista causando asombro y admiración y ofreciendo, en sus preciosos monumentos y en su rica lengua, materia de estudio al pensador y antorcha refulgente para penetrar en ese santuario de la antigüedad, en ese inmenso panteón de pasadas civilizaciones.

La lengua *sanskrita*, cuya significación etimológica es *concreta*, *perfecta*, en contraposición á la *prakrita*, *imperfecta*, es una lengua sabia de la India Oriental, que en opinión de algunos era tan solo idioma oficial, y en la cual está vaciada, digámoslo así, esa vastísima y fecunda literatura contenida en más de un millar de libros y que comprende todo género de composiciones literarias.

A los prolijos afanes y fructuosos desvelos de Colebroock, Herder, Humboldt, Schlegel, Bopp, Ward, Burnouf, Remusat y otros cien y cien eminentes filólogos se debe la aparición en modernos tiempos, cual cadáver saliendo de su tumba fuerte y vigoroso despues de haber dormido luengos siglos el sueño del olvido, la más rica de las lenguas con la que debe unir-